

El no alineamiento



La soberanía popular y la soberanía de la Nación, son dos aspectos complementarios de un mismo principio: el derecho de un pueblo a determinarse libremente.

La idea de la democracia resulta esencial para garantizar este derecho: así como se la necesita en el orden interno, del mismo modo se requiere un orden internacional democrático que respete los principios de igualdad jurídica de las naciones, de la autodeterminación de los pueblos, de no intervención en los asuntos

internos de los países y de la abstención del uso de la fuerza.

El Movimiento de Países no Alineados, nace como la expresión de un conjunto de naciones en vías de desarrollo que deciden unirse para trabajar más eficazmente por estos objetivos, luchar por la paz y desterrar para siempre el colonialismo.

En ese grupo de naciones, siempre al servicio de los fines inicialmente determinados por los fundadores, le correspondió a la Argentina defender los valores de Occidente. Su posición fue compleja, pero no ambigua: no olvidaba la aparición recurrente de diversas formas de colonialismo, las inequidades que se promovían a escala universal, ni las doctrinas de seguridad que llevaban a sacrificar los grandes principios de la convivencia democrática; pero tampoco olvidaba que uno de los mayores logros de la cultura occidental fue, precisamente, la creación de la democracia, así como uno de sus rasgos más enaltecedores reside en su aptitud para cuestionarse a sí misma y promover cambios permanentes en la búsqueda de más justicia, más libertad y mayor respeto entre los hombres y los pueblos.

Por ello, en la Octava Reunión del Movimiento, dijimos: *"No se concretan objetivos imaginándolos simplemente, ni se alcanzan con el grito del reclamo. Se requiere un trabajo permanente, sistemático y serio. Sobre todo serio, lo que lleva implícito una indispensable honradez intelectual... los argentinos pertenecemos con identidad propia al universo social, político y cultural de Occidente"*. Y en verdad, nuestra pertenencia al no alineamiento nos brindó una tribuna excepcional para la defensa de esos valores, que Occidente y nosotros acabamos de perder.

El gobierno ha decidido el retiro de la Argentina del Movimiento de Países no Alineados, según la información pública, en razón de que la terminación de la guerra fría lo habría dejado sin objetivos.

Conviene recordar entonces, que la confrontación entre el Este y el Oeste produjo tensiones agudas en nuestro país, no sólo por la exaltación de diversas formas de violencia que trajo aparejada, sino, además, por la generación de una suerte de alerta ideológico que desalentó y sofocó la búsqueda de caminos hacia la solidaridad entre los hombres y hacia la convivencia entre las naciones, porque incitaba a señalar acusadoramente ciertas propuestas de mejoramiento social.

La superación del conflicto abrió una posibilidad para los países que, como el nuestro, siempre anhelaron un orden mundial en el que la lucha entre las superpotencias fuera reemplazada por la cooperación, en la que la prioridad de la libertad, la justicia y el desarrollo desplazara a la carrera armamentista y que garantizara a débiles y poderosos el ejercicio de las soberanías nacionales.

Este nuevo orden internacional, es el que se está discutiendo hoy. El anterior se había construido exclusivamente a través de la fuerza y no sólo mantuvo al mundo al borde del holocausto nuclear, sino que permitió el sometimiento o el control de los países menos poderosos.

Si se estructura otro que descansa igualmente en la fuerza, en lugar de apoyarse en el consenso de las naciones, no sólo resultará

inestable, sino que inevitablemente estimulará nuevas pretensiones hegemónicas.

El carácter dinámico del Movimiento de Países no Alineados, permite que se constituya en un importante instrumento para la búsqueda de un orden internacional más justo, o, por lo menos, para los más escépticos, en una referencia insoslayable para cualquier discusión. Seguramente, del mismo modo en que en una primera etapa trató durante la guerra fría de preservar la independencia y seguridad de sus integrantes, ahora ha de concentrar su actividad en la búsqueda de igualdad, equidad y desarrollo.

Somos parte de Occidente, pero también pertenecemos al Sur y sufrimos las consecuencias de un sistema económico universal injusto, que profundiza la distribución desigual de la riqueza, el desarrollo y los conocimientos científicos y tecnológicos, cuya transferencia se dificulta cada vez más.

Si no hay voces que se levanten, fuerzas morales que se aglutinen, reclamos enérgicos capaces de conmover a los poderosos, el fin de la guerra fría será visto más que como el triunfo de la paz y de la libertad, como el logro de una situación más cómoda para disciplinar económicamente a los países periféricos.

¿Es que acaso somos tan ciegos como para no advertirlo? ¿O tan hipócritas como para negarlo? ¿O tan cínicos como para hacernos los distraídos? ¿Quién es el argentino que no ha percibido un cambio de actitud en la embajada de Estados Unidos?

Es evidente que aun en nuestro país, tan alejado de los problemas neurálgicos del mundo, se ha producido un cambio sustancial en el comportamiento diplomático del país del Norte. Como sostuve al comienzo, la Argentina saludó esperanzada el fin de la guerra fría. Lo hizo por principio, pero, también, entre otras razones, porque nuestra región dejaría de ser el campo de batalla de la propaganda ideológica de ambas superpotencias, que como he dicho tantas veces, nos conducía a la libanización.

Pero se ha producido un efecto paradójico; para muchos, inesperado: ahora se toman actitudes que no se explican sólo por la docilidad del gobierno, sino atribuibles a la superación del problema de la propaganda que estaba implícito en el conflicto Este-Oeste, y a la lógica prevalecencia que adquieren los negocios de los connacionales, desaparecidos los álgidos temas de la confrontación. Hace poco tiempo atrás, era absolutamente inconcebible, por ejemplo, que un embajador pudiera anticipar con aparente seguridad la sanción con fecha cierta de una ley relacionada con un tema sumamente controvertido en el país.

Como habrá comprendido el lector, no nos estamos refiriendo a riesgos remotos ni a pronósticos dudosos, sino a realidades concretas.

Alguna vez dijimos que la modificación de la política económica universal *"no sólo debe ser impulsada por los países relegados, sino que, además, debe ser admitida como una necesidad ética, práctica y política por los países adelantados. No queremos ser los nuevos bárbaros en las fronteras de un nuevo imperio, y los imperios deben recordar y meditar sobre cómo han terminado sus relaciones con los bárbaros. Tenemos la voluntad de participar creadora y activamente en la construcción de una humanidad mejor, más equitativa y más libre. No renunciaremos a ese derecho y lo defenderemos para todos los pueblos del mundo."*

Otros y muy distintos parecen ser hoy los objetivos. Y esta es la verdadera razón de nuestro retiro del Movimiento de Países no Alineados, al que tanto le debemos en nuestra lucha reivindicatoria de las Malvinas y al que, en un momento crítico, le hemos infligido una seria herida.